

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

¿QUIÉN ENGAÑA MÁS A QUIÉN?

Personas que hablan en ella:

Don DIEGO, galán
HERNANDO, su criado
Don ENRIQUE, galán
El DUQUE de Milán
Don SANCHO, viejo
Don JUAN, galán
TRISTÁN, gracioso
RICARDO, escudero
Doña ELENA, dama
Doña LUCRECIA, dama
INÉS, criada
CRIADOS

ACTO PRIMERO

Salen don DIEGO y doña ELENA

DIEGO: Yo vine, Elena querida,
a Milán a pretender;
no a competir, no a perder
por temerario la vida.
El duque sé que conquista
con poder y amor tus prendas.
No sé cómo te defiendas
ni cómo yo le resista;
que en la gran desigualdad
de su estado y mi ventura,
la confianza es locura
y el valor temeridad.

ELENA: A quien de véras desea,
y a quien estima el favor,

no deja vista el Amor
con que los peligros vea;
y si acusan la osadía
pensamientos castigados,
atrevimientos logrados
condenan la cobardía.

Giges, humilde villano,
pretendió y gozó atrevido
la corona del rey lido,
y de la reina la mano;

Viriato fue un pastor,
Tolomeo fue un soldado,
y uno y otro por osado
se coronó emperador.

Venció animoso Teseo
la voraz biforme fiera,
para que Ariadna fuera
de su vitoria trofeo.

El tracio músico amante
con el canto lisonjero
candados rómpió de acero,
puertas abrió de diamante;
y su Eurídice perdida,
contra el estatuto eterno,
rescatada del infierno,
vio la luz, volvió a la vida.

Tú pues, ¿porqué desconfías,
y con frívolas excusas
temeridades acusas
en lícitas osadías?

DIEGO: Porque en esos el intento
no dejó de ser locura,
aunque tuviesen ventura
en lograr su atrevimiento;
y yo para merecerte
intentar tal desvarío,
si en mis fuerzas no me fío,
no he de fiarme en mi suerte.

ELENA: En las empresas de amor
toda la felicidad
consiste en la voluntad,
y es la fortuna el favor;
y no siendo yo mudable,
tu desconfianza es loca
mientras gozas de mi boca
el céfiro favorable.

DIEGO: Mal lo entiendes, pues si aliento
tu céfiro en mi favor,
su tranquilidad mayor
causa mi mayor tormento;
que es el duque poderoso,
yo pobre, aunque soy honrado;
y cuanto yo más amado,
ha de estar él más celoso;
y tu más cierta esperanza
es mi peligro mayor,
pues ha de ser tu favor
la espuela de su venganza.
Y así, pues de cualquier modo
ha de ser fuerza perderte,
yo quiero evitar la muerte,
para no perderlo todo.

ELENA: No soy tan necia, ni es justo,
que quiera tener segura
con su rigor mi ventura,
y con su pena mi gusto;
y así, quiero que te impida
esos temores mi amor,
aventurando mi honor
para asegurar tu vida.

DIEGO: ¿Cómo?

ELENA: Invencion se me ofrece,
cuanto atrevida, segura.
Pero ya la noche obscura
luces del sol desvanece,
y a mi padre estoy temiendo.
Vuélveme a ver a deshora;
que no tengo espacio agora
de decirte lo que emprendo.

DIEGO: Cuando la noche ligera
en su carro tachonado
de estrellas haya pasado
la mitad de su carrera,
en tus balcones veré
anticipada la aurora.

ELENA: Yo el sol que mi pecho adora
en ellos aguardaré.

Vanse. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN, de noche
con linterna encendida

TRISTÁN: ¿Hoy la viste, y ya la adoras?

ENRIQUE: Sí, Tristan; que es Dios Amor,
y su poder el favor
no ha menester de las horas.

Con razon la solicito;
que es, según me han informado,
noble y rica.

TRISTÁN: ¡Buen bocado!

Pero costará buen grito.

¡Plegue a Dios no des venganza
a la ofendida Lucrecia,
a quien tu rigor desprecia,
y enloquece tu mudanza;
y cuando vuelvas amante
como primero a querella,
no te suceda con ella
lo que al otro caminante!

ENRIQUE: Y ¿qué fue el caso?

TRISTÁN: Pasaba
por la quinta de un su amigo,
cuando el cielo, ya mendigo
de luces, amenazaba

con negros preñados senos
de las nubes, tempestades,
negadas de obscuridades
y acreditadas de truenos.

Rogóle que se quedara;
mas resistió el caminante,
y pasó al fin adelante;
y en partiéndose, dispara
el austro su artillería,
y sacudiendo las alas,
lluvias de líquidas balas
airado a la tierra envía.

El caminante afligido
a la quinta volvió huyendo;
cerrada la halló, y diciendo,
"Abridme; que arrepentido
vuelvo ya," le respondió
el otro, "En vano os volvistes,
porque si os arrepentistes,
también me arrepiento yo."

Yo temo el mismo desdén
en Lucrecia; que ofendida,
la has de hallar arrepentida
cuando tú lo estés también.

ENRIQUE: Si consiste su venganza
en llegar a arrepentirme,
mi nuevo amor es tan firme,
que no es sujeto a mudanza;
más ya han abierto un balcón
de Elena.

TRISTÁN: ¿Quieres hablar?

ENRIQUE: Primero me he de informar
del estilo y condición
y las costumbres de Elena;
que el doctor, si cuerdo es,
antes se informa, y después
las medicinas ordena.

TRISTÁN: Yo fui a llamar cierto día
para un enfermo un doctor,
y él, sin saber el dolor
o enfermedad que tenía
me dijo, "Mientras se ensilla
mi mula, mancebo, id,
y que le sangren decid;
que yo voy luego."

ENRIQUE: La silla
de su mula merecía
tan sabio físico.

Salen doña ELENA e INÉS, a la ventana

ELENA: Inés,
esto es amor, ésta es
su violencia y tiranía.

INÉS: No culpo su atrevimiento
en quien como tú le adora;
mas dificulto, señora
que consigas el intento.

ELENA: Bien sé que es dificultoso;
mas cuando entiendan mi engaño
vendrá a ser el mayor daño
publicarse que es mi esposo,
y ésta es mi mayor ventura.

INÉS: Del duque temo el rigor.

ELENA: Pues sabe tanto de amor,
disculpará mi locura.

Don ENRIQUE y TRISTÁN hablan aparte

TRISTÁN: Gente viene.
ENRIQUE: Cubre bien
esa linterna.
TRISTÁN: Por Dios,
que o yo me engaño, o son dos.
ENRIQUE: Pues, ¿no somos dos también?
TRISTÁN: Pocos somos.
ENRIQUE: Pues, Tristán,
el temor puedes vencer;
que yo he de reconocer
cualquiera que de galán
de Elena indicios me dé;
que a este fin apercebido
de esa linterna he venido.
TRISTÁN: Si estás resuelto, yo haré
lo que suelo.

Salen don DIEGO Y HERNANDO, de noche

DIEGO: Centinela
en esta esquina has de ser;
que el duque tiene poder
y rondando se desvela.
En viendo gente, al instante
me avisa.
HERNANDO: Advertido quedo;
Que si no el cuidado, el miedo
Me hiciera ser vigilante.

Retírase HERNANDO

TRISTÁN: De los dos se queda el uno
y el otro, según parece
e sin duda quien merece
ser Júpiter de esta Juno.
ENRIQUE: Señas hace a la ventana.
ELENA: ¿Es don Diego?
DIEGO: Soy, señora,
el que tu belleza adora
como a deidad soberana.
ELENA: Logremos pues los instantes.
Oye, mi bien, la invención
con que aspiro en mi afición

a ser ejemplo de amantes.

DIEGO: Ya te escucho.

Bajan la voz, y hablan aparte TRISTÁN y don ENRIQUE

TRISTÁN: Pues ¿qué esperas
con esto que viendo estás?

ENRIQUE: Con esto, me alientan más
esperanzas lisonjeras.

TRISTÁN: ¿Por qué?

ENRIQUE: Porque he visto agora
que es humana esta mujer,
y yo quiero pretender,
más que a Penelope, a Flora.

TRISTÁN: Concluyóme tu argumento,
don Enrique; que no en vano
Dijo el refran castellano,
"Quien hace un cesto hará ciento."

ENRIQUE: Con todo, me viene a dar
esta experiencia cuidado;
porque el celar ha empezado
donde empezó el esperar;
y así, para prevenir
los casos, quiero, Tristán,
conocer este galán,
con quien he de competir.

TRISTÁN: ¿Cómo?

ENRIQUE: Fingirme quisiera
justicia.

TRISTÁN: Delito es grave;
mas culpa que no se sabe,

es como si no lo fuera.

ENRIQUE: Con esta traza imagino
que aseguro tu temor.

Don DIEGO a doña ELENA

DIEGO: Los quilates de tu amor
muestra tu ingenio divino,
y me dispongo al efeto.

ELENA: Pues recibe este papel,

Deja caer un papel y don Diego no le halla

para que suplas con él
de la memoria el defeto,
si algun punto se te olvida.

INÉS: Gente viene.

ELENA: Adiós.

DIEGO:

Elena,
mañana acaba mi pena.

ELENA: Mañana empieza mi vida.

Retíranse doña ELENA e INÉS

HERNANDO: ¡Pese a tal, señor! ¿No ves
Que viene gente? ¿Qué esperas?

DIEGO: Avisármelo pudieras
a mejor tiempo.

Recata el rostro

ENRIQUE: ¿Quién es?

DIEGO: ¿Quién me lo pregunta así?

ENRIQUE: La justicia.

DIEGO: Un caballero.

Soy español.

ENRIQUE: Saber quiero
qué aguarda parado aquí.

HERNANDO: (Aquí nos coge.) Aparte

DIEGO: Sacando
un lenzuelo, salió en él
acaso envuelto un papel,
y le estábamos buscando;
que puede ser que me importe.

TRISTÁN: (Buena la trazó.) Aparte

DIEGO: Y querría
que, pues es la cortesía
tan natural de la corte,
Y a sazón habeis llegado
con esa luz, permitáis,
para que os satisfagáis
y yo salga de cuidado,
que le busquemos.

ENRIQUE: (De Elena Aparte

debe de ser el papel.
Lleve uno mío por él.)

Saca un papel de la faltriquera y arrójale en
el teatro, y luego lo levanta él mismo, y se lo da a don DIEGO

Más me obliga vuestra pena
que el buscar satisfacción;
que en vuestro modo se ve
que excede a la mayor fe
sola vuestra información.

DIEGO: Merced me haceis.

ENRIQUE: Yo sospecho
que le he hallado. Véislo aquí.

DIEGO: Dios os guarde; que de mí
podéis estar satisfecho
que de vuestra cortesía
no olvide la obligación.

ENRIQUE: Vuestra hidalga condición
ha dado ejemplo a la mía.

Vanse don DIEGO y HERNANDO

TRISTÁN: Felizmente ha sucedido.
Si te hubieras informado
Del nombre, casa y estado...

ENRIQUE: El temor no es advertido
y el delito es temeroso.
Aun de su rostro no puedo
dar señas.

TRISTÁN: Ni yo; que el miedo
me cegó, y él receloso
lo encubrió. Pero, señor,
¿qué buscas?

Alza don ENRIQUE el papel de ELENA

ENRIQUE: Este papel;
Que uno mío di por él
a este amante.

TRISTÁN: ¡Lo que Amor
sabe de engaños!

ENRIQUE: Yo leo.

Ten y alumbra.

TRISTÁN: ¿Pues aquí?
 ¿Tanta prisa tienes?

ENRIQUE: Sí;
 que es mal sufrido el deseo.
 Mi sospecha confirmó;
 que dice la firma "Elena."

TRISTÁN: Por su mano se condena
 quién firma lo que escribió.

Lee

ENRIQUE: "Yo tengo en Lima un hermano llamado
 don Juan de Herrera, que salió de aquí
 con don Estéban de Herrera, hermano de
 mi padre, veinte años ha, siendo él de
 siete. Nadie en Milan le conoce; y esto,
 y el estar mi viejo padre casi ciego,
 me asegura para que finjas ser este
 hermano mío, y que te vienes por haber
 muerto nuestro tío; y así, viviendo
 conmigo, perderás los recelos que te
 atormentan --Elena."

TRISTÁN: ¿Hay enredo más extraño?

ENRIQUE: ¿No fuera bueno, Tristán,
 A Elena y a su galán
 darles con su mismo engaño?

TRISTÁN: Heroica hazaña sería,
 si la alcanzases, señor;
 que dar con la misma flor
 es flor de la fullería.

 Y digo, si esta invención
 consiguieses, que no fueras
 don Enrique de Contréras,
 sino otro griego Sinón.

ENRIQUE: Si de la edad la mudanza
 y el transcurso de los años
 para tan nuevos engaños
 a Elena dan confianza
 segura de que su hermano
 no puede ser conocido;
 siendo yo recién venido,
 y teniendo de la mano
 de la misma Elena escrito

este papel, que ha de ser,
si se viniere a saber,
disculpa de mi delito,
¿quién puede mejor que yo
fingir que es don Juan?

TRISTÁN: Bien dices.

Los osados son felices;
que los temerosos no.

ENRIQUE: ¡Qué bien sabes obligar
animando y concediendo!

TRISTÁN: Yo soy criado, y pretendo
servir, y no aconsejar.

ENRIQUE: Ánimo pues; que a lo menos,
cuando no alcance mi amor
así de Elena el favor,
Impediré los ajenos.

TRISTÁN: Con eso vendrás a ser
el perro del hortelano,
y con el nombre de hermano
la podrás hablar y ver,
y gozar de los regalos
y su hacienda, aunque después,
como villano entremés,
acabe la historia en palos.

ENRIQUE: Mi seguridad, Tristan,
consiste en este papel.

TRISTÁN: ¿Cuál fue el que diste por él
al engañado galán?

ENRIQUE: Verélo.

TRISTÁN: Que puede ser
que en este fingido intento
te dañe, siendo instrumento
de venirme a conocer.

ENRIQUE: El romance en que la historia
de doña Lucrecia y mía
a don Alonso escribía,
era, si tengo memoria.

TRISTÁN: ¡Pese a mí!

ENRIQUE: Pues ¿qué recelas?

TRISTÁN: Ver que te nombras en él.

ENRIQUE: Poco freno es un papel
a quien pone amor espuelas.
Yo he de emprender--¡vive Dios!--
esta hazaña.

TRISTÁN: Y yo ayudarte.

ENRIQUE: Todo con ingenio y arte

se alcanza. Mueran los dos
a manos de su invención.
TRISTÁN: Legado a determinar,
lo que importa es madrugar
y hurtarles la bendición.

Vanse. Salen don DIEGO, doña LUCRECIA y
HERNANDO, con una luz

DIEGO: Lucrecia, la obligación
del que a pagar se condena
la más constante afición,
no es para el cuerpo cadena,
si es para el alma prisión.
Agradecer tu favor
es razón; mas es rigor
que pongas con duro imperio
pensiones de cautiverio
en los contentos de Amor.

LUCRECIA: ¡Ay don Diego! mi cuidado
no recela injustamente;
que un constante enamorado
solo de su prenda ausente
suele hallarse violentado.
Vuestra excusa da ocasión
a más celosa pasión,
porque presumir es justo
que falta en mi casa el gusto
a quien la llama prisión.

DIEGO: ¿No es prision la que gozar
de la libertad me impide?
Y ¿no es rigor obligar
a un pretendiente a que olvide
sus aumentos por amar?
Viniendo yo a pretender
oficios que me han de hacer
honrado y rico, es error
atender solo al Amor,
pudiendo a todo atender.

LUCRECIA: En vano queréis valeros
de excusas; que nadie ignora
que por cortesanos fueros
se visitan a deshora
damas, y no consejeros.

DIEGO: Pues ¿solo con los oidores

se pretende? ¿No hay señores
que conviene granjear?
¿Terceros no he de obligar?
¿No he de conquistar favores?

Y hasta agora tú, en efeto,
solo esperanzas me das;
y no es intento discreto
querer por ellas no más
que viva yo tan sujeto,

LUCRECIA: Si a la posesión, te opones
con fingidas dilaciones,
diciendo que el casamiento
puede ser impedimento
de alcanzar tus pretensiones.

¿por qué te quejas aquí
de que solas esperanzas
has alcanzado de mí,
si en lo demás que no alcanzas,
te debes quejar de ti?

DIEGO: No me quejo; mas te advierto
que aunque tuvieras por cierto
que a otros gustos atendía
mientras tú no fueras mía,
no hiciera gran desacierto
cuanto más cuando el cuidado
de tu pecho receloso
debe estar asegurado
con la palabra de esposo
que mi firmeza te ha dado
y, al fin, mientras mi afición
no llega a la posesión
que en ti pretende y adora
no es el venir a deshora
exceso que dé ocasión
a un incendio tan violento.
A tu cuarto te retira,
moderando el sentimiento
con que me culpas; y mira
que apuras mi sufrimiento
con celos tan mal fundados,
que parecen afectados;
y pensaré--por los cielos--
que finges como los celos
los amorosos cuidados.

LUCRECIA: Solo falta que me arguyas,
con causas mal presumidas,

de engañosa, y que atribuyas
a mi fe culpas mentidas,
para desmentir las tuyas;
mas pues mi vista te enfada,
del mal voy desengañada
que en ser tu esposa pretendo;
que si deseada ofendo,
¿qué he de esperar alcanzada?

Vase

HERNANDO: Señor, no la dejes ir,
pues te da ocasión tan buena
para acabar de reñir,
y con tu adorada Elena
has de ir mañana a vivir.

DIEGO: Déjala con su pasión;
que la tengo obligación,
y no puedo serle ingrato,
pues con tan hidalgo trato
sustenta mi pretensión,
remediando con largueza,
como sabes, mi pobreza.

HERNANDO: ¿Luego mudas parecer
y determinas perder
la ventura y la belleza
que te ofrece la afición
de Elena, con la invención
que esta noche habeis trazado?

DIEGO: ¿Cómo puede enamorado
perder tan alta ocasión?

HERNANDO: Pues ¿qué has de hacer?

DIEGO: Ocultar
de Lucrecia mi mudanza,
mientras pueda sustentar,
desmentir y dilatar
mi invención y su esperanza
hasta que habiendo logrado
con Elena mi cuidado,
ni tema su sentimiento,
ni pueda impedir mi intento
la palabra que la he dado.

HERNANDO: Dices bien; que es de temer,
si airada se desenfrena,
la furia de una mujer.

DIEGO: Llega la luz; que de Elena
el papel quiero leer.

Llega la luz HERNANDO, y abre el papel de don ENRIQUE
don DIEGO

HERNANDO: Señor, ¿no es de la invención
memoria?

DIEGO: Sí.

HERNANDO: Las dos son,
y pues la lición sabemos,
mañana la pasaremos.

DIEGO: ¿Quieres tú que un corazón
loco, de amor, que ha alcanzado
letras de su dulce dueño,
sin haberlas trasladado
al alma, le rinda al sueño,
tranquilamente el cuidado?
La letra no es de mujer,
y son versos.

HERNANDO: Con leer
saldrá tu imaginación
presto de esta confusión.
No te quieras parecer
al necio que cuando da
el reloj, pregunta la hora.
Lee pues; que él lo dirá,
y no discurras, agora
que dando el reloj está.

Lee

DIEGO: "La ocupación cortesana,
don Alonso, no me deja
escribiros tantas veces
cuantas mi amistad quisiera..."

Sale doña LUCRECIA, al paño

LUCRECIA: (Mal se sosiega un agravio. Aparte
Ved si en vano se recela
mi pecho. Leyendo está
un billete.)

HERNANDO: Las tinieblas
de la noche te engañaron,
y en vez del papel de Elena
hallamos este romance,
descuido de algún poeta.

DIEGO: Eso es lo cierto. A buscarle
al punto importa que vuelvas.

HERNANDO: ¿Al punto?

DIEGO: Al punto.

HERNANDO: ¿No basta
buscallo cuando amanezca?

LUCRECIA: (¡Quién los pudiera entender! Aparte
¿Qué consultas serán éstas?
Mas, pues hablan con recato,
cierto es que son en mi ofensa.)

DIEGO: ¿No echas de ver cuánto importa?

HERNANDO: ¿Qué importa cuando se pierda,
si de memoria sabemos
cuanto contienen sus letras?

.....
LUCRECIA: (Ya me falta la paciencia.) Aparte

Adelántase

Enemigo, ¿qué secretos
y qué pláticas son éstas?
Suelta el papel.

Coge el papel

DIEGO: Necia estás
de celosa.

LUCRECIA: Acaba, suelta.

DIEGO: Si con eso has de dejarme,
Tómale, para que veas
tu locura en mi verdad,
y en tu engaño mi paciencia.

LUCRECIA: Yo lo veré.

HERNANDO: Mal conoces
de mi señor la fineza.

LUCRECIA: Pues vos, ¿qué habeis de decir,
alcahuete?

HERNANDO: Tomáos ésa.

Lee

LUCRECIA: "La ocupacion cortesana,
don Alonso, no me deja
escribiros tantas veces
cuantas mi amistad quisiera;
demás, que para encantar
hay aquí tantas sirenas,
que el mas prevenido Ulíses
en este golfo se anega."
¿Tantas sirenas, don Diego,
hay en Milán que os diviertan?
¿luego no soy sola yo,
ni son sin causa mis quejas?

DIEGO: Prosigue el papel, verás
cuán sin razón me condenas.

LUCRECIA: "Y porque me habeis pedido
que os dé siempre larga cuenta
de mis cosas, atended;
que aquí mi historia comienza.
Libre de amor paseaba,
cuando en Dios y en hora buena
di en una Circe en hechizos..."

Don Diego, ¿qué Circe es ésta?

DIEGO: El papel lo dirá. lee.

Lee

LUCRECIA: "...como Venus en belleza;
al fin toda me agradó."
Y tú ¿agradástela a ella?

DIEGO: El papel lo dirá. Lee.

Lee

LUCRECIA: "Seguía y supe quien era."
Claro está que no te había
de quedar por diligencia.

Lee

"Y en buen hora sea mentado,
la tal dama era doncella."
¿Qué importa? Dale palabra,
como a mí, cuando lo sea;
mas ya no debe de serlo,
pues que dices que lo era.

DIEGO: Pesada, Lucrecia estás.
¿De qué indicios argumentas
que soy quien escribe yo,
si no es aquésta mi letra,
ni en mi vida hice una copla?

LUCRECIA: El papel lo dirá. Espera.

Lee

"Era, aunque huérfana, rica,
en nombre y beldad Lucrecia."

DIEGO: ¿Cómo?

LUCRECIA: ¿Vés cómo el papel
atestigua lo que niegas?
¿En coplas anda mi nombre,
y mi fama en estafeta?

DIEGO: ¿No hay más Lucrecias que tú?

LUCRECIA: Para ti no hay más Lucrecias
donde tantas cosas juntas
te culpan y te condenan.

Aparte a su amo

HERNANDO: Señor, ¿qué puede ser esto?

DIEGO: Un confuso mar me anega.

Lee

LUCRECIA: "Admiréme, entré en su casa
honestamente compuesta,
donde una Aldonza, su tia,
era el dragón de Medea."
¿Hay más Lucrecias que yo?
¿Al fin, ni es túya esa letra,
ni has hecho verso en tu vida?

DIEGO: Prosigue el papel, Lucrecia
sin glosarle hasta acabarle;
que me apuras la paciencia.

Lee

LUCRECIA: "Era una vieja Creusa
aquello, y Dios nos defienda,
que llamo estantigua yo,
y que llaman otros dueña.
Doña Claudia y doña Julia
eran de labor doncellas;
que ya son tambien donadas
las familias escuderas.
Su poco de gentilhombre
ea jayán de la puerta,
de la silla precursor
y Judas de la despensa.
Un perro braco de falda
con collar y con guedejas
era delicia del dueño
y tormento de la dueña."
¿También de estas niñerías
importaba darle cuenta?

HERNANDO: ¡Qué bien informado estaba
el socarron del poeta!

Lee

LUCRECIA: "Los pasos acostumbrados
de un pobre que galantea
anduvo mi amor siguiendo,
ya en visitas y ya en fiestas.
Paró al fin en concertar
que me casase con ella;
que el tramposo y codicioso
fácilmente se concertan."
¿Cómo es esto del tramposo?
Don Diego, saber quisiera
de cuál de los dos se entiende.

DIEGO: De mí, si tanto me aprietas
y a preguntar te anticipas
lo que es más fácil que sepas,
Prosiguiendo, sin matarme

con tus comentarios, la letra.

Lee

LUCRECIA: "Hícele promesa, al fin,
de esposo; que las promesas
para engañar deseosos
son poderosas terceras."
Acabóse. La celada,
don Diego, está descubierta.
¿Al fin habéis de engañarme?
¡Buena quedara de necia
si a crédito de palabras
la posesion os vendiera!
¿Así paga obligaciones,
así beneficios premia,
así a finezas se obliga
quien de tan noble se precia?

DIEGO: Dame, Lucrecia, el romance,
deja que todo lo lea.
Entendamos esta enigma.

.....

Toma a doña LUCRECIA el papel y lee

"La promesa pudo tanto,
o tanto el amor en ella,
que por no ser yo Tarquino,
Lucrecia no fue Lucrecia,
y antes de ser desposada
la hermosa infanta fue dueña.

LUCRECIA: ¿Cómo?

HERNANDO: (¡Malo!)

Aparte

DIEGO: Pues ¿qué dices,
Lucrecia? Agora comienzan
mis descargos y tus culpas,
porque yo hasta agora apenas
alcancé de tí una mano;
yesto es fuerza, pues confiesa
que alcanzó la posesión,
que de otro amante se entienda.

LUCRECIA: ¿Fundar quieres tus disculpas
en lo que fundo mis quejas?
Si antes de alcanzar te jactas

después de alcanzar, ¿qué hicieras?
¿Quién te fiara su honor?
DIEGO: Oye el papel. No pretendas
rebatir mis argumentos
con sofísticas respuestas.

Lee

"La posesion conseguida
me enseñó la diferencia
de alcanzar a desear,
pues en rozando sus prendas,
como otras veces solía,
aborrecíla y dejéla."
¿Yo, por dicha, hete dejado,
Lucrecia?

HERNANDO: (Por Dios, que aprieta Aparte
el argumento.)

LUCRECIA: ¡Ah, traidor!
Díceslo así porque piensas
ejecutarlo tan presto,
que ya por hecho lo cuentas.

HERNANDO: (Sola una mujer podía Aparte
responder tal sutileza.)

Lee

DIEGO: "Con salud, y en este estado,
don Alonso amigo, queda
en Milán para serviros
don Enrique de Contreras."

LUCRECIA: (¡Ay de mí!) Aparte

HERNANDO: (¡Ah, en hora mala!) Aparte

DIEGO: ¿Qué don Enrique, Lucrecia,
es éste?

LUCRECIA: Si estos enredos
por desobligarte inventas...

DIEGO: ¿Que aun a tan claras probanzas
buscas frívolas respuestas?

LUCRECIA: ¿Pues, don Diego, cuando fuese
esta historia verdadera,
¿no hay más Lucrecias que yo?

HERNANDO: (Darnos quiere con la nuestra. Aparte

DIEGO: No, con estas circunstancias

no hay en Milán más Lucrecias,
fuera de que yo, engañosa,
no es esta la vez primera
que tuve nuevas confusas,
que agora son evidencias,
de este amor de don Enrique;
y de aquí, porque lo sepas,
nació el dilatar mis bodas
y el no cumplir mis promesas.

LUCRECIA: (¡Ah, Enrique vil! ¿No bastaba Aparte
hacerme sola una ofensa?)

DIEGO: Quien de sí misma sabía
este delito, esta afrenta,
reñía tan rigurosa
y hablaba tan satisfecha?
Quédate, falsa, liviana;
quédate, y ya ni tu lengua
me nombre, ni en tu memoria
viva esperanza tan muerta;
que convencida tu culpa
y averiguada mi ofensa,
pues sin honor pretendías
que yo la mano te diera,
no podrás negar al menos
que es tan limitada pena
dejarte, que a mi piedad
debes gracias, y no quejas.

LUCRECIA: Aguarda, señor.

Aparte a su amo

HERNANDO: Por Dios,
que te ha venido de perlas
la ocasion para dejarla.

Vanse amo y criado

LUCRECIA: Escucha, don Diego, espera...
Mas ¿qué detengo con ruegos
a quien huye con ofensas?
¡Ah, villano don Enrique!
¡Plega a Dios que, pues me cuesta
tu engaño el honor, te cueste
a ti la vida mi afrenta!

Vase. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN, de camino,
y don SANCHO

SANCHO: En tan buen hora volváis,
hijo querido, a mis ojos.
Cuantas lágrimas y enojos
con la ausencia me costais.
Volvedme a abrazar. La muerte
de don Esteban de Herrera
mi hermano, solo pudiera
con la venturosa suerte
de veros tener consuelo;
que a tantos años de ausencia
faltaba ya la paciencia.

ENRIQUE: Bien sabe, señor, el cielo
que quisiera el corazón,
para evitar tus enojos,
que me volviese a tus ojos
menos funesta ocasión.

SANCHO: Cosas son que Dios ordena.

TRISTÁN: (Hasta agora bueno va.) Aparte

Sale ELENA

ELENA: ¡Que vino mi hermano ya!

TRISTÁN: (Aquí es Troya.) Aparte

ENRIQUE: ¡Amada Elena!

ELENA: (Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!) Aparte

ENRIQUE: ¿Es posible que te veo?

ELENA: Yo te abrazo, y aun no creo,
que tal dicha merecí.

TRISTÁN: (Eso a los bobos; que ha dado Aparte
vuestra invencion en vacío,
y ésta es la hora en que fío
que hubiérades vos tomado
por mas dichoso partido
que una mina reventara
y los huéspedes volara.)

Sale INÉS

INÉS: Aunque esta dicha he sabido

que por lo que importa tanto
todo se ha de atropellar.

Vase

TRISTÁN: Inés...
INÉS: ¿Qué quieres?
TRISTÁN: Espera.
Yo sea muy bien venido.
INÉS: ¿Y qué se hubiera perdido
cuando mal venido fuera?
TRISTÁN: ¿Con tan necia sequedad
respondes a mis cuidados?
Mas siempre en los desposados
la primera es necesidad.
INÉS: ¡Qué espacio para mi prisa!
Suelta.
TRISTÁN: Irás a calentar
agua de piernas y dar
un perfume a la camisa
para el huésped, por cumplir
con uso tan excusado.
INÉS: Ése es mi mayor cuidado.
Iré a lo ménos a huír
de un huésped tan deseoso
en todo de parecerlo,
que aun no ha dejado de serlo
en la parte de enfadoso.

Vase

TRISTÁN: ¡Ah, Inés, cómo estais cerril!
Pues, ¡ay de vos si os abrasa
amor ajeno; que en casa
se os ha entrado el alguacil!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen don DIEGO Y HERNANDO, de
camino

HERNANDO: En fin hoy vamos los dos,
si la tramoya no erramos,
a vivir con quien amamos?

DIEGO: Fuerza es ya.

HERNANDO: Pues dé nos Dios
la ventura de un soplón
que lo tiene por oficio,
sin que en algún beneficio
le acomoden la facción.

DIEGO: Acometamos, Hernando,
pues ya la suerte se echó.

HERNANDO: Ánimo, señor; que yo
--¡vive Dios!--que voy temblando.
Mas en una duda están
solicitos mis cuidados.

DIEGO: Di.

HERNANDO: Si por nuestros pecados
vienen cartas de don Juan
a su padre, ¿qué has de hacer?

DIEGO: No es ésa dificultad;
que con la caduca edad
tanto ha llegado a perder
la vista el viejo, que Elena
o yo le hemos de servir
de secretario, y fingir
o que la carta es ajena,
o más antigua la fecha
que mi partida. De modo
sabremos trazarlo todo,
que ni indicio ni sospecha
del engaño ha de tener.

HERNANDO: Otra duda. Si en Milán
hay quien conozca a Don Juan
o a ti, ¿cómo puede ser
no se desate el enredo?

DIEGO: Viviré tan retirado,
tan secreto y recatado,
que lo dilate, si puedo,

hasta ver de mi intencion
el efeto.

HERANDO: Bien está;
que entre tanto morirá
el leonero o el león.

DIEGO: Entremos.

HERNANDO: ¡Nombre de Dios!
Turbados muevo los pies.
Éste es el viejo.

Salen don SANCHO y TRISTÁN

SANCHO: ¿Quién es?

DIEGO: O miente el alma, o sois vos,
señor, don Sancho de Herrera.

SANCHO: Yo soy.

DIEGO: ¡Padre de mi vida!
Dadme esa mano querida.

TRISTÁN: (¡Malo!) Aparte

SANCHO: ¿Qué decís?

DIEGO: ¿Qué espera
vuestra mano y vuestros brazos,
que a vuestro hijo don Juan,
padre mío, no le dan
tan deseados abrazos?

SANCHO: ¿Vos sois don Juan?

TRISTÁN: (Aquí es Troya. Aparte
Voy a avisar a mi dueño.)

Vase TRISTÁN

DIEGO: Yo soy don Juan.

SANCHO: ¿Velo o sueño?

HERNANDO: (Errada va la tramoya.) Aparte

DIEGO: Si lo dudáis porque vengo
sin vuestra orden, padre mío,
con la muerte de mi tío
pienso que disculpa tengo.

SANCHO: O estoy loco o vos lo estáis,
o hay aquí muy grande engaño.

DIEGO: ¿Qué es esto? ¡Que tan extraño,
padre y señor, recibáis,
tras tantos años de ausencia,
a un hijo recién venido!

SANCHO: El seso tengo perdido,
si no pierdo la paciencia.

Salen don ENRIQUE y TRISTÁN

ENRIQUE: ¿Qué es esto, padre?

DIEGO: (¡Ay de mi!) Aparte

HERNANDO: (Acabóse. Padre dijo.) Aparte

SANCHO: Que teniendo solo un hijo,

hallo, como veis aquí,

dos que afirman que lo son.

ENRIQUE: ¿Qué decís?

SANCHO: Este galán

dice también que es don Juan.

DIEGO: Y es verdad.

ENRIQUE: ¿Hay tal traición?

Sale doña ELENA

ELENA: (¡Qué gran yerro! ¡Ay desdichada! Aparte
¡Que no le avisase Inés!)

Aparte a su amo

TRISTÁN: (Libra el remedio en los pies; Aparte
que aquí no has de ganar nada.)

ENRIQUE: ¿Sois loco o sois embustero?

DIEGO: Si el disgusto no temiera

de mi padre, yo os dijera

si lo soy con este acero;

pero de vuestra insolencia

la verdad ha de vengarme.

ENRIQUE: A mí me quita el sobrarme

tanta razon la paciencia,

y quiero daros la pena

en el campo.

DIEGO: Venid.

HERNANDO: Vamos.

TRISTÁN: (Con esto nos escapamos.) Aparte

Aparte a doña ELENA

DIEGO: ¡No me avisaras, Elena!
ENRIQUE: Tenerme, padre, es en vano.
DIEGO: Suelta.
ELENA: Detente, por Dios;
 (Que en cualquiera de los dos Aparte
 pierdo amante o pierdo hermano.)
TRISTÁN: (¡Que no le deje salir! Aparte
 a escapatoria nos quita.)
SANCHO: Esta cuestión solicita
 mi tierno amor decidir
 como padre, y así quiero,
 en duda, a entrambos llamar
 mis hijos, más que arriesgar
 la vida del verdadero
 por castigar al fingido.
ENRIQUE: Yo no lo podré sufrir.
DIEGO: Ni yo. Dejadnos salir.
HERNANDO: Ya sospecho que han sentido
 en la calle la cuestión,
 y viene gente.

Salen el DUQUE y CRIADOS

DUQUE: ¿Qué es esto,
 don Sancho?
SANCHO: El cielo ha dispuesto,
 señor, que en tal ocasion
 mi dicha os haya traído.
DIEGO: (Éste es el duque. ¡Ay de mí!) Aparte
DUQUE: Pasaba acaso, y oí
 desde la calle el ruído,
 y como os tiene mi pecho
 amistad tan verdadera,
 si yo mismo no subiera
 no quedara satisfecho.
 Contadme el caso.
SANCHO: Mi pena
 Escuchad.

Hablan en secreto. Hablan aparte HERNANDO y don
DIEGO, y TRISTÁN con don ENRIQUE

HERNANDO: Él andaría,
 como otras veces solía,

rondando la calle a Elena,
y nos ha cogido aquí
sin podernos escapar.
Hoy pienso que ha de vengar
sus celos el duque en ti.

DIEGO: Él no me ha visto jamás,
y el secreto de mi amor
me libra de ese temor.

TRISTÁN: ¿De qué parecer estás?
¿Qué habemos de hacer aquí?

ENRIQUE: Lo dicho dicho, Tristán.

TRISTÁN: Mas; si fuese éste el galán
de anoche?

ENRIQUE: Yo no le vi
el rostro; mas es muy llano
que no es él; que no podía
Elena, viendo que había
llegado a Milán su hermano,
dejar de avisarle luego.
Éste es, sin duda, Tristán.

Habla aparte doña ELENA a don DIEGO

ELENA: Di siempre que eres don Juan;
que ningún daño, don Diego,
puede resultar mayor
que a los dos nos sucediera
si acaso el duque viniera
a sospechar nuestro amor.

DIEGO: Yo lo haré.

Sale INÉS, con manto

INÉS: (¡Triste de mí! Aparte
que pienso que ha sucedido
el daño que hemos temido.
Señora...)

Aparte a INÉS

ELENA: ¡Ay, Inés! por ti
está a riesgo de perder
don Diego la vida, y yo

a opinión. Ya sucedió
cuanto mal pude temer.

INÉS: Yo fui a su casa a buscallo.
Dijéronme que se había
hoy mudado, y todo el día
he andado de calle en calle,
con más lenguas preguntando
y mirando con más ojos
que tienes ajora enojos;
y al fin, ni de él ni de Hernando
hasta agora pude hallar
quien me diese nueva alguna.

ELENA: Trazólo así la Fortuna,
que cuida de mi pesar.

SANCHO: Éste es el caso que ha dado
ocasion a esta pendencia;
y como su larga ausencia
en mi memoria ha borrado
las especies de su cara,
y con la debilidad
de mi ya caduca edad
los órganos desampara
de la visiva potencia
la virtud, y haber pasado
de niño a varón le ha dado
tan forzosa diferencia,
ni puedo desconocer
ni conocer a ninguno;
y más dando cada uno
señas que bastan a hacer
que les dé crédito igual.

DUQUE: ¿Quién pudo intentar mayor
atrevimiento!

Aparte al DUQUE

CRIADO 1: Señor,
escucha. O me acuerdo mal,
o éste que agora llegó
es el fingido don Juan;
que yo le he visto en Milán
otras veces.

CRIADO 2: También yo,
y en la calle le he encontrado
de Elena, y aun con acciones

de amante; que sus balcones
le vi mirar con cuidado;
y este enredo habrá emprendido
con orden de Elena.

DUQUE: Sí;
que el aborrecerme a mí
de ajeno amor ha nacido.

Elena lo habrá trazado
por poderle hablar y ver;
que es galán, ella mujer,
ciego Amor, yo desdichado.

Estoy por darle la muerte.

CRIADO 1: El nombre quieres cobrar
de tirano?

DUQUE: ¿He de pasar
por este agravio?

CRIADO 1: De suerte
te podrás hacer vengado
que padezcan él y Elena
de su delito la pena,
sin mostrarte apasionado.

CRIADO 2: Desterrarlo de Milán
es remedio y es castigo.

CRIADO 1: Tu parecer contradigo.

DUQUE: Pues ¿por qué?

CRIADO 1: Porque podrán,
quebrantando tu preceto,
verse los dos; que no es
tan corto Milán, que estés
seguro de que en secreto
No pueda en su confusión
proseguir ocultamente
su amor; y cuando él se ausente,
si es verdadera afición
la de Elena, como estás
coligiendo de este exceso,
ha de seguirle, y con eso
del todo la perderás.

DUQUE: ¿Tal error pueden hacer
mujeres que nobles nacen?

CRIADO 1: Si las comedias nos hacen
de lo que es o puede ser
viva representación,
desengañarte podía
lo que han hecho cada día
las infantas de León.

Lo segundo has de escoger
que a ninguno mal sucede
previniendo lo que puede
sin milagro acontecer.

DUQUE: Bien dices; mas, ¿qué he hacer,
si todo lo dificultas?

HERNANDO: (¿Qué saldrá de estas consultas?) Aparte

CRIADO 1: Escucha mi parecer.

Afirmemos que este amante
de Elena es falto de seso,
pues este mismo suceso
es información bastante,
y mandarás que en la casa
de los locos con cuidado
le tengan aprisionado
mientras el ímpetu pasa
de su furioso accidente;
y así le darás la pena
de su locura, y Elena
viendo, aunque engañosamente,
divulgada la opinión
en Milán de que es furioso,
no pudiendo ser su esposo,
le perderá la afición.

DUQUE: ¡Qué bien lo sabes trazar!
No sin razón en mi pecho,
de tu ingenio satisfecho
te doy el primer lugar.

SANCHO: El tiempo, señor, dirá
cuál es el don Juan fingido
de los dos.

DUQUE: Yo lo he sabido;
que información tengo ya,
don Sancho, de que es un loco
el que dices que llegó.

HERNANDO: (Salió la sentencia.) Aparte

CRIADO 1: Y yo
he sabido que no es poco,
porque yo le he visto hacer
sin número desatinos.

CRIADO 2: Locos hay por mil caminos;
mas nadie lo puede ser
tanto como este español.
Yo soy testigo que un día
que dió en que engastar quería
en una sortija el sol,

por cogerle no cesó
de dar saltos contra el cielo,
hasta que el obscuro velo
de la noche lo escondió.

HERNANDO: (¡Oigan cómo se levanta Aparte
Un testimonio!)

SANCHO: Su intento
confirma este pensamiento.
Mas, señor, lo que me espanta
es que informado viniese
de señas tan verdaderas,
y tan en seso y de veras
hablase, que me pusiese
en confusión tan pesada.

TRISTÁN: Escucha. Cuando don Juan
mi señor entró en Milán,
se apeó en una posada
a informarse de tu estado.
y su casa, por no andar
a caballo a preguntar
en pueblo tan dilatado.
Allí con esta ocasión
contó sus casos, y creo,
por los efecto que veo,
que se halló a la relación
este loco, y desde allí
en esta locura dio;
y aun si no me olvido yo,
me parece que le vi.

SANCHO: Éste es, sin duda, el suceso.

ENRIQUE: Claro está; que nadie fuera
tan osado, que emprendiera
sin ser loco tal exceso.

Don ENRIQUE habla aparte a TRISTÁN

Mil sopechas me ha engendrado,
Tristán, esta novedad
que has visto.

TRISTÁN: Si no es verdad,
lindamente la han trovato.

HERNANDO habla aparte a don DIEGO

HERNANDO: ¿Qué dices de esto?
DIEGO: No alcanza
mi discurso la intención
del duque en esta invención.
ELENA: (Entre temor y esperanza Aparte
de un cabello estoy pendiente.)
HERNANDO: ¿No tratas de replicar?
Advierte que con callar
te confiesas delincuente.
DIEGO: Bien dices. Oyendo he estado.
Señor...
DUQUE: Basta. No le oigáis
más locuras. ¿Qué aguardáis?
Haced lo que os he mandado.
CRIADO 1: Dadme la espada.
DIEGO: Apartad;
sólo al duque la daré.
DUQUE: A mí me la dad.
DIEGO: Si haré,
fiado en que mi verdad
brevemente hará, señor,
que me la mandéis volver;
y, en tanto, mandad prender
también mi competidor.
DUQUE: Acabad; llevadle.
CRIADO 1: Andad.
DIEGO: ¿Hay suceso más extraño?
¡Que tenga premio el engaño
y castigo la verdad!

Llévanle algunos criados del DUQUE

HERNANDO: (Quiero escaparme callando; Aparte
no me hagan también prender.)

Aparte a HERNANDO

ELENA: Sigue a don Diego hasta ver
donde le llevan, Hernando.

Aparte a INÉS

HERNANDO: ¡Oh, Inés! ¿No nos avisaras?

INÉS: Todo el día os he buscado.

HERNANDO: Si mal nos hubiera estado,
a fe que tú nos hallaras.

Vase HERNANDO

SANCHO: Hijo, la mano besad
al duque.

ENRIQUE: Los piés os pido.

DUQUE: Vos seáis muy bien venido.
Los brazos os doy; alzá.

Don Sancho, adiós, y gocéis
muchos años a don Juan.

SANCHO: Los términos de Milán
al África dilatéis.

DUQUE: ¡Oh Elena! Ya estoy quejoso
de que habiendo estado aquí
tanto tiempo, hayáis de mí
escondido el rostro hermoso.

ELENA: Del suceso de mi hermano
la turbación me ha impedido
haberos, señor, pedido
antes de agora la mano.

DUQUE: Alzá, alzá; que agraviáis
mi estimación.

SANCHO: Blasón es
nuestro el besar vuestros piés.

ELENA: Como quien sois nos honráis.

DUQUE: Vedme mañana, don Juan;
que a premiar en vos me mueve
la razón lo que le debe
a vuestro padre Milán.

SANCHO: Quien os sirve, señor, queda
premiado. (Es justo y prudente Aparte
el Duque.)

Vanse el DUQUE, don SANCHO y los CRIADOS del DUQUE

ENRIQUE: (Fortuna, tente. Aparte
Un clavo pon a la rueda.)

ELENA: (¡Ay don Diego desdichado! Aparte
¿Cómo vivo?)

INÉS: (Siempre yo Aparte
temí lo que sucedió.)

TRISTÁN: (De buena hemos escapado.) Aparte

Vanse todos. Salen doña LUCRECIA y RICARDO

LUCRECIA: Muy poco os debo, Ricardo.

¿No volviérades a darme
la respuesta ayer, sabiendo
los cuidados que combaten
mi pensamiento celoso?

RICARDO: Señora, acabé tan tarde
anoche la diligencia
que de mi industria fiaste,
que no quise interrumpirte
el sueño, y porque no hace
el que ha de dar malas nuevas
lisonja en apresurarse...

LUCRECIA: ¿Malas nuevas?

RICARDO: Y tan malas
como nuevas.

LUCRECIA: Hablad, dadme
el veneno de una vez;
que es más rigor dilatarle.

RICARDO: Siguiendo aquella mujer
que por don Diego tu amante
llegó a preguntar,
anduve, como mandaste,
de una iglesia en otra iglesia,
de una calle en otra calle,
que sin comer consumí
en esto mañana y tarde.
Vine a parar por la noche
a una casa, que por grande
y suntuosa ofrecía
de noble dueño señales.
Quise entrar con intención,
si pudiera, de informarme,
y hallé de gente del duque
ocupados los umbrales.
Reparé, y arriba oí
voces, que fueron bastantes,
por estar el duque dentro,
a prometer novedades.
A saberlas me detuve

curioso; y en esto sale
don Diego entre alguna gente,
que dió indicios de llevarle
preso según colegí
de esto y de que daba al aire
quejas de engaños premiados
y castigadas verdades.
Seguílos, y le llevaron
al fin--¡desdicha notable!--
a la casa de los locos,
que le aprisiona, por cárcel.
Esta mañana volví,
antes de verte, a informarme
de quién habita la casa
donde sucedió el desastre,
y supe que es un don Sancho
de Herrera su dueño, padre
de Elena, doncella en quien
celebra la fama un ángel.
Esto solo saber pude.
Mira si erré, en dilatarte
las nuevas que, si pudiese,
fuera mejor que callase.

LUCRECIA: Más cordura hubiera sido,
pues me dejan nuevas tales
más penada y más confusa
informada que ignorante.
¡Loco don Diego! ¿Qué es esto?
Cuerdo ayer, ¿perdió tan fácil
el seso? ¿Qué puede ser?
Sin duda los celos hacen
efeto en él tan violento.
Claro es pues llevaba un áspid
en el pecho, y un infierno
en la memoria, de hallarme
sin honra cuando en mi mano
fundó sus felicidades.
¿Qué mucho que enloqueciese?
¡Ah falso, ah traidor, ah infame
don Enrique! ¡Plega a Dios
que revolcado en tu sangre
me pagues tantas ofensas,
pues que de una vez quitaste
seso y esposa a don Diego,
y a Lucrecia honor y amante!
Mas entre mil confuslones

y entre mil sospechas arde
celoso mi corazón
de esta Elena, cuyas partes
celebra tanto la fama;
que entrar en su casa, hallarle
el duque en ella, y prenderlo
por loco, dificultades
son que el pensamiento anegan.
Vuelve, Ricardo, a informarte
de todas las circunstancias
de este caso; que no cabe
el corazón en el pecho.

RICARDO: Yo lo haré; mas si tomases
mi parecer, no trataras
de esto más, pues ya casarte
no puedes con él si es loco;
y si no, puesto que sabe
tu deshonor, claro está
que él no ha de querer casarse

LUCRECIA: Ricardo, todo es así;
mas dejarlo fuera darme
por vencida, y sus sospechas
confesara por verdades.
Demás que le tengo amor,
y no es posible que falte,
aunque el desengaño sobre,
la esperanza en un amante;
y así no admiréis que inquietara
de estos tan confusos lances
la verdad; que de curiosa
lo hiciera, si no de amante.
Fuera de que puede ser,
puesto que vino el romance
de don Enrique a las manos
de don Diego, que llegase
a saber por este medio
dónde está, para obligarle
a que el honor con la mano
o con la vida me pague.

RICARDO: Basta. Yo voy a servirte.

LUCRECIA: Mirad, no volvais a hablarme
Ricardo, si no venís
de todo informado. Baste
que ofensas me martiricen
y que desprecios me agravien,
sin que dudas me atormenten

y confusiones me maten.

Vanse los dos. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN

TRISTÁN: Ya eres capitán, señor.

ENRIQUE: Tristan, ya soy capitán.

TRISTÁN: Y muy presto de Milán
has de ser gobernador,
según el amor promete
del duque; mas no es segura
ni de un tahir la ventura,
ni el honor de un alcahuete.

ENRIQUE: Pues, ¿soy lo yo?

TRISTÁN: Tú deseas
no serlo; mas el señor
quiere a Elena, y de su amor
solicita que lo seas;
y así, aunque serlo no quieras,
pues con este fin te da
y tú tomas, claro está
que para con Dios lo eres;
y de esto vengo a sacar
en tu bien desconfianza,
porque quita sino alcanza,
el que dio por alcanzar.

ENRIQUE: Bien va hasta agora. Confía,
Tristán; que el que empieza bien
ha hecho lo más.

TRISTÁN: También
un filósofo decía
que, puesto que viene a ser
lo esencial el acabar,
no hace nada en comenzar
el que tiene más que hacer;
y supuesto que te opones
al deseo enamorado
del duque, y con tal cuidado
impides sus pretensiones;
en conociendo tu intento
dará contigo al través;
que ha de ser culpa después
cuanto es hoy merecimiento.

ENRIQUE: Hoy del mar en que me veo,
pienso a la orilla salir;
que no puede ya sufrir

tanto silencio el deseo
demás que importa abreviar;
que es de mi atrevido intento
un engaño el fundamento,
y poco puede durar.

TRISTÁN: ¿Determinas declararte?

ENRIQUE: Si, Tristán.

TRISTÁN: ¿No ves el daño,
que te amenaza?

ENRIQUE: El engaño,
el ingenio, industria y arte
todo lo alcanza. De modo,
antes que lo llegue a hacer,
a Elena he de disponer,
que me asegure de todo.
Y si le vengo a decir
que soy su amante, en un punto
ha de llegar todo junto,
declarar y conseguir.

TRISTÁN: ¿Y si acaso te resiste,
o entra su padre y te halla
en la amorosa batalla?

ENRIQUE: En eso mismo consiste
el fundamento engañoso
de otro medio que prevengo
para la intención que tengo
de llegar a ser su esposo;
que este papel ha de ser
de mi disculpa y mi intento
el cauteloso instrumento.

Muestra el papel

TRISTÁN: Ella viene.

ENRIQUE: Hoy has de ver
que el Amor lo alcanza todo.
Solos nos deja a los dos.

TRISTÁN: Esto es hecho. ¡Plegue a Dios
que no nos pongas del lodo!

Retírase al paño. Sale doña
ELENA. TRISTÁN al paño

ENRIQUE: ¿No me das, querida Elena,

la norabuena?

ELENA: No sé
Si será bien que te dé,
Hermano, la norabuena
de tu privanza y de ver
esa merced que hoy te ha hecho
el duque, cuando sospecho
que subes para caer.

No son, don Juan, los servicios
de mi padre lo que en ti
premia el duque; amarme a mí
te negocia esos oficios;
y así es fuerza, averiguado
que su injusto fin conoces,
o que afrentado los goces,
o los pierdas castigado.

ENRIQUE: Hermana, bien sé que nace
mi privanza de tu amor;
mas no admitir el favor
y la merced que me hace
es darme por entendido
de su afición, y mostrarme
si no consiento obligarme,
de su intención ofendido.

Y fuera notorio error
el publicarme celoso;
que es el duque poderoso,
y es mi paciencia el amor;
y así mi cuidado intenta
casarte, y quitarle así
una vez la causa en ti
de su amor y nuestra afrenta.

Pero tú, hermana querida,
el esposo has de elegir;
que no quiero redimir
mi peligro con tu vida.

Dime si tienes amor;
declárame, Elena mía,
tu corazón, y confía
que no con piedad menor,
si tienes a quien querer,
juzgue y remedie tu pena,
que tú misma. Bien sé, Elena,
que aunque noble, eres mujer,
y aunque sé que eres honrada,
sé que eres moza también,

y no es culpa querer bien,
si es la afición recatada.

TRISTÁN: (¡Qué bien dispone su intento!) Aparte

ENRIQUE: (Prevención es importante Aparte

saber quién es el amante
que le ocupa el pensamiento.

Procuraré divertir
antes de él su corazón
que le diga mi intención;
porque para introducir
segunda forma, expeler
es forzoso la primera.)

ELENA: (¡Qué buena ocasión tuviera Aparte

don Diego agora de ser
mi esposo, si lo pasado
no le hubiera sucedido!
Pero mi hermano ofendido,
y él en tan mísero estado,
con la opinión de furioso
divulgada, claro está
que don Juan no le querrá
por su cuñado y mi esposo.

Yo en efecto le he perdido.
Pues declarar el engaño
fuera acrecentar el daño,
y hacer del todo ofendido
al duque de su intención,
y de su injuria a mi hermano;
y, pues hablar es en vano,
calle y sufra el corazón.)

ENRIQUE: Habla, sola estás conmigo.

No dudes, no te suspendas
ni recatada me ofendas,
cuando amoroso te obligo.

ELENA: Si he de decirte verdad,

hasta agora, hermano mío,
no ha rendido mi albedrío
al Amor su libertad;
y el suspenderme, don Juan,
ni es dudar, es recorrer
la memoria para ver
qué caballero en Milán
para mi esposo me agrada;
y mirados uno a uno,
hallo al fin que con ninguno

estaré á gusto casada.

ENRIQUE: Yo no te doy a escoger
para ese efecto el mejor;
si tienes a alguno amor
es lo que quiero saber;
que no estando enamorada,
la elecion me toca a mí,
y el obedecer a tí,
si el que eligiere te agrada.

ELENA: Verdad te he dicho, don Juan.

ENRIQUE: Júralo, Elena querida.

ELENA: Por tu vida y por mi vida,
qe no hay hombre de Milán
que yo quiera. (Verdad juro, Aparte
pues que mi adorado preso
es de España.)

ENRIQUE: Pues con eso
de tu verdad me aseguro,
escucha. Si un caballero
noble y español te doy
por esposo, de quien soy
retrato tan verdadero
en talle, en rostro, en edad
y en todo, que si quisiera
decir que soy él venciera
el engaño a la verdad,
¿quisiérasle, hermana? Di.
Olvida que soy don Juan.
Mírame como a galán
que está muriendo por tí,
y examina allá en tu pecho
tu secreta inclinación.

TRISTÁN: (No va mala la invención.) Aparte

ELENA: (¡Válgame Dios! Ya sospecho Aparte
algún gran mal, y no en vano,
porque mostrarse en mirarme,
en servirme y obligarme,
siempre amante más que hermano;
preguntarme tan curioso
que amante me da cuidado;
decir que es vivo traslado
del español que mi esposo
quiere hacer, pedirme aquí
que olvidando que es don Juan
le mire como a galán
que está muriendo por mi...

Sin duda el Amor tirano
le privó de entendimiento.
Mas, ¿qué nuevo pensamiento
me ocurre? ¿Si no es mi hermano?
¿Si la invención nos hurtó?
Puede ser; porque tratando
de esto ayer, me dijo Hernando
que don Diego se dejó
en la calle mi papel,
donde él lo buscó otro día,
y no lo halló; y ser podía
que éste hubiese hallado en él
su instrucción y nuestro daño;
y no es menor presunción
el venir en ocasión,
que parece que al engaño
se procuró anticipar.
Pero ¿qué estoy discurrendo,
si es tan fácil, consintiendo,
obligarle á declarar?)

ENRIQUE: ¿Qué respondes?

TRISTÁN: (La sentencia Aparte
sale aquí.)

ELENA: Que no podía
darme la ventura mía
quien halle correspondencia
en mi esquivo corazón
sino él que has dicho, si de él
eres retrato fiel
conforme a tu relación.

ENRIQUE: (¡Hay hombre mas venturoso!) Aparte
¿Luego bien podré, seguro
de que tu gusto procuro
en dártelo por esposo,
tratarlo, siendo verdad
que aoy su traslado en todo?

ELENA: Digo que sí, y es de modo
el gusto y conformidad
que siento, si le pareces
tan del todo, que he mirado
con atención y cuidado
antes de agora mil veces
las partes que puso en ti
de talle, de gentileza,
de entendimiento y nobleza
el cielo, y dicho entre mí,

"¡Oh si fuera tan dichosa
mi suerte, que mereciera
ser de un hombre que tuviera
iguales partes esposa!"

Y aun... Pero callar es justo;
que a liviandad juzgarás
lo demás.

ENRIQUE: Di lo demás;
no me des penado el gusto
que recibo de saber
que es tan dichoso mi amigo
que su retrato contigo
tanto pudo merecer.

ELENA: Digo, don Juan, que mi pecho
alguna vez ha pasado
adelante, y me ha pesado
de ser tu hermana.

TRISTÁN: (Esto es hecho. Aparte
Declaróse, vive Dios.)

ENRIQUE: ¿Luego si yo no lo fuera,
y ser tu esposo quisiera,
estuviéramos los dos
conformes en el intento?

ELENA: De ello puedo asegurarte.

ENRIQUE: Pues, ¿que tardo en declararte,
Elena mi pensamiento?
¿Qué aguardo, que no te explico
la verdad? Dame la mano.
Tu amante soy, no tu hermano.

TRISTÁN: (Arrojóse el mancebico.) Aparte

ELENA: ¿Qué dices?

ENRIQUE: Dale los brazos
a tu amante y a tu esposo.

TRISTÁN: (Andarlo.) Aparte

ELENA: Aparta, engañoso.

ENRIQUE: Acaba.

ELENA: Dos mil pedazos
me podrás primero hacer;
que cuanto he dicho fingí,
por saber lo que de tí
me dieron siempre a entender
tus ojos.

ENRIQUE: Si tú mentiste,
ya me llegué a declarar,
y forzando he de alcanzar
si engañando prometiste.

ELENA: ¡Padre! ¡Señor!
TRISTÁN: (Voces da. Aparte
 El negocio va perdido,
 porque don Sancho ha sentido
 la pendencia y viene ya.)

Sale TRISTÁN

 ¿Qué haceis? Advertid que viene
 vuestro padre.
ENRIQUE: (De enojado Aparte
 rabio! ¡Que me haya engañado!
 Remediarlo me conviene.)

Saca un papel de la faltriquera

¡Vive Dios, que he de abrazarte!

Salen don SANCHO e INÉS. TRISTÁN se
 esconde

SANCHO: ¿Qué es esto?
ELENA: Escucha, señor,
 los engaños de un traidor.
ENRIQUE: Tienes razón de quejarte.

Hace don ENRIQUE que le saca un papel de la manga, de
 suerte que lo vea don SANCHO

 Habla, descansa.
SANCHO: (Un papel Aparte
 de la manga le ha sacado.)
ELENA: Por fuerza, padre, ha intentado
 abrazarme; que el infiel
 que estás viendo, no es don Juan.
ENRIQUE: Dices verdad. ¿Qué más quieres?
SANCHO: ¿Qué? ¿Qué dices?
ENRIQUE: No te alteres.
 Digo que soy un galán,
 señor, que a tu hija adora.
 Elena ¿qué date más
 que decir?

ELENA: No; lo demás
le toca a mi padre agora.

Vase retirando hablando aparte a INÉS

Inés, tú has de llevar luego
unas cartas de mi hermano,
porque de su propia mano
las copie al punto, a don Diego.

INÉS: ¿Para qué?

ELENA: Pues la ficción
de que es don Juan cobra ya
nueva fuerza, esta será
provechosa prevención.

Vanse doña ELENA y INÉS

TRISTÁN: (¡Cielos! ¿En qué ha de parar? Aparte
¡Qué lo confesase todo!
Mas confesar es el modo
más astuto de engañar,
y él sabe más que Merlín.

SANCHO: Loco estoy.

ENRIQUE: Agora atento
escucha del fingimiento
que has visto, señor, el fin.

Tristán me dió noticia de que ha poco
el criado de aquél que intentó osado
fingir que era tu hijo, o cuerdo o loco,
trajo a Elena un papel, y ella lo había
leído, y en la manga lo tenía.
Pues yo, como ofendido del engaño
que pretendió, y del lance tan extraño
en que me vi por él, quise informarme
por el papel, del fin y fundamento
de su engañoso intento;
Y temiendo que Elena, si entendiera
mi intención, el remedio previniera,
me pareció consejo conveniente,
para contraminarle cautamente
sus intentos, cogerle si pudiese
el billete, sin que ella lo entendiese.
Quise aquí ejecutarlo, y entre amores,

blandas caricias y requiebros, darle
un abrazo intenté para sacarle
de la manga el papel sin ser sentido.
El pecho sospechoso y ofendido,
huyó Elena, diciendo,
"¿Eres galán, don Juan, o eres hermano?"
Y al fin, el llegar tú y al mismo punto
conseguir yo mi fin, fue todo junto,
pues de la manga, sin sentirlo Elena,
le saqué este papel, que en lo que digo,
si tú lo dudas, sirva de testigo.

Muestra el papel

SANCHO: Yo te le vi sacar. (Verdad parece; Aparte
mas no del todo me aseguro. Quiero
disimular; que el tiempo y la paciencia
darán de las sospechas evidencia.)
¡Qué susto tan extraño
recibí del engaño!
Que le juzgué evidente
viéndote confesar tan llanamente.

ENRIQUE: Eso mismo debiera
obligarte a dudarlo; que no fuera
tan necio yo, ni juzgo tan liviana
a Elena, que si no fuera mi hermana,
cometiera arrojado el amor mo,
estando en casa tú, tal desario.
Mas de esto no hay que hablar, señor. Leamos
el papel; que esto importa, y prevengamos
remedios con secreto.

SANCHO: Eso conviene.

ENRIQUE: Retírate, Tristán, donde si viene
Elena nos avises.

TRISTÁN: Descuida. (Él es otro segundo Ulises) Aparte

Retírase TRISTÁN y lee don ENRIQUE

ENRIQUE: "Elena, si te dueles de mis males,
si de tu amor no mienten las señales,
tú sola puedes remediar las penas
que, padezco entre locos y cadenas.
Un medio solo puedo hallar bastante
a este fin, y es que finjas que es tu amante

don Juan, y no tu hermano;
que siendo con tu padre poderoso
tanto tu amor, y acumulando indicios
que tú sabrás trazar, tengo por llano
que puesto que te tiene sospechoso
de la verdad el caso sucedido,
quedará fácilmente persuadido.
Grave es la empresa yo te lo confieso;
mas en quien ama no hay culpable exceso."
¿Qué te parece?

SANCHO: Temerario intento.

ENRIQUE: Y aun por eso esforzaba el fingimiento
agora, y con pregunta semejante
me indujo a confesar que era su amante.
Padre, peligros del honor no sufren
plazos ni dilaciones.
El duque amante ha puesto en opiniones
la opinión de mi hermana;
Y este loco, a quien es cosa tan llana
que Elena tiene amor, no obliga menos;
casémosla, señor; corra por cuenta
de su esposo el cuidado de su afrenta.

SANCHO: Bien fuera, mas al duque temo airado;
que es poderoso y es enamorado.

ENRIQUE: Escucha pues atento.
Llegando de las Indias a Sevilla,
contraje allí amistad con don Enrique
de Contreras, un jóven, por sus partes
y sangre, tal, que a Elena honrar pudiera
si ella más alta calidad tuviera.
Pasó conmigo a Italia, y está agora
en Nápoles. Yo intento
hacer con él de Elena el casamiento.
Yo mismo iré á tratarlo;
que es hacerlo por cartas dilatarlo;
y concertado o hecho por poderes,
para más brevedad, a darle efeto
mi hermana partirá con gran secreto
a Nápoles de modo
que de esta suerte se consigue todo,
que ella se casa bien, y tú, fingiendo,
lloroso y enojado,
con el duque, que Elena se ha escondido,
y que presames que él, pues la ha querido,
la oculta; harás que trate más de darte
satisfaciones, viéndote agraviado,

que de mostrarse sin razón airado.

TRISTÁN: (Señores, ¿hay quien crea Aparte
industria igual? ¡Por Dios, que me marea!)

SANCHO: (Mi sospecha cesó, porque si él fuera Aparte
su amante, y no su hermano, ni quisiera
darle otro esposo, ni le hubiera dado
el celo de mi honor tanto cuidado.)

ENRIQUE: ¿Qué dices?

SANCHO: Que me agrado, y que ya habías
de haber partido, porque el mal es grave,
y remedio súave
no ha de poder curarlo.

ENRIQUE: Mañana he de partir a ejecutarlo.

Vase don SANCHO

TRISTÁN: ¡Señor!...

ENRIQUE: ¿Qué dices?

TRISTÁN: Que me tienes loco.

¿Quién te enseñó a engañar?

ENRIQUE: En las escuelas
de Amor aprendí engaños y cautelas.
A Nápoles me parto, de allí envió
poder para casarme con Elena;
pártase de Milán, y en tierra ajena
la tengo en mi poder. Mira si puedo
dudar el fin dichoso de este enredo.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen doña LUCRECIA:, con manto, y RICARDO

RICARDO: Ésta, señora, que ves
es de don Sancho de Herrera

la casa.

LUCRECIA: Serlo pudiera
de un gran señor.

RICARDO: Ésta es
la de donde preso
salió don Diego, y aquí
donde el falso Enrique vi,
cando de todo el suceso
los lances vine a saber,
como mandaste.

LUCRECIA: Subid,
y que le aguarda decid,
para hablarle, una mujer.
Mas tened; que en el zaguán
prevenciones de camino
se me ofrecen. Ya imagino
que se ausenta de Milán
el traidor.

RICARDO: Lo que recelas,
señora, se ha confirmado
que hablando con su criado
baja con botas y espuelas.

Sale don ENRIQUE, con botas y espuelas, y TRISTÁN

ENRIQUE: Ya sabes lo que has de hacer
en esta ausencia, Tristán.
Solo te dejo en Milán
a velar, y a deshacer
los indicios que mi enredo
pueden descubrir.

TRISTÁN: Señor,
pierde seguro el temor.
de todo advirtid quedo.
Confía de mi lealtad,
que mil veces moriría
qntes que por culpa mía
se supiese la verdad.

ENRIQUE: Siempre ha mostrado tu amor
en las obras tus deseos.
Llega el caballo.

LUCRECIA: Teneos.

ENRIQUE: ¿Quién es?

LUCRECIA: Enrique traidor,
sin vergüenza, sin honor,

¿pensábase, di, ausentar,
dementido, sin pagar
tan justa deuda?

ENRIQUE: (¡Ay de mi!) Aparte
No des voces.

TRISTÁN: (Jamás vi Aparte
encuentro con tanto azar.

LUCRECIA: Enrique falso...

ENRIQUE: Habla quedo.

TRISTÁN: Calla, diablo. (Voces da Aparte
diciendo Enrique, y está
bamboleando el enredo.)

LUCRECIA: Nunca vió la cara al miedo
la verdad, no; y ofendida
la razón es mal sufrida.
No tienes que reportarme;
que el honor has de pagarme
con la mano o con la vida.

ENRIQUE: Escúchame.

LUCRECIA: En vano son
las palabras, engañoso,
mientras la mano de esposo
no cumpla tu obligación.

ENRIQUE: Digo que tienes razón.
¿Quieres más?

LUCRECIA: Cuando te vas,
¿qué satisfacción me das
de la deuda en confesarla?

ENRIQUE: Presto volveré a pagarla.

LUCRECIA: ¿Qué sé yo si volverás,
siendo, Enrique, forastero?

TRISTÁN: (¡Darle a Enrique!) Aparte

Aparte a su amo

Esta mujer
nos ha de echar a perder,
Señor.

ENRIQUE: (Remediarlo espero.) Aparte
Lucrecia, decirte quiero
verdades que te podrán
asegurar. De Milán
soy vecino; ésa que ves
es mi casa. Don Sancho es

mi padre y yo soy don Juan
no don Enrique. Entendiendo
poderme ocultar de ti,
llamarme Enrique fingí;
mas pues en vano pretendo
ocultarme ya, en volviendo,
de ser tu esposo te doy
palabra, como quien soy.

LUCRECIA: Eso no. Necia sería
en fiar para otro día
lo que puedo cobrar hoy;
y más cuando haciendo están
informacion de que intentas
más engaños, los que inventas,
diciendo que eres don Juan;
que de algunos que en Milán
te conocen, de tu estado
y nombre me había informado
cuando me fié de tí.

TRISTÁN: (La máquina acaba aquí, Aparte
si don Sancho lo ha escuchado.)
Mira que es tarde, señor.
Sube.

Sale don SANCHO, observando desde la puerta

SANCHO: (¿Qué voces serán Aparte
las que oigo en el zaguán?)

ENRIQUE: Adiós, Lucrecia.

LUCRECIA: Traidor,
sin restaurarme el honor
no has de partir.

ENRIQUE: ¡Bueno fuera
que por tí me detuviera!
Suelta.

LUCRECIA: En Milán hay justicia
que castigue tu malicia.

Sale doña ELENA a la puerta y habla aparte a su padre

ELENA: ¿Qué es esto, señor?

SANCHO: Espera.

ENRIQUE: Pues tanto me aprietas, digo
que ni te debo el honor,

ni en ti hay sangre ni valor
para casarte conmigo.
LUCRECIA: Eso merece, enemigo,
la que de tí se ha fiado.

Aparte a TRISTÁN

ENRIQUE: Tristán, si nos ha escuchado
don Sancho, sabe enmendar
con mentir o con negar
el error.

TRISTÁN: Pierde cuidado.

Vase don ENRIQUE

LUCRECIA: Traidor, fementido, parte
huyendo, discurre el suelo;
que el duque, Milán y el cielo
me ayudarán a alcanzarte.

Vase doña LUCRECIA, y con ella RICARDO

SANCHO: (La causa de la cuestión Aparte
no puedo bien entender;
mas con Tristán he de hacer
de todo averiguación.)
Mancebo...

TRISTÁN: Señor... (¡Por Dios, Aparte
que pienso que han escuchado
todo cuanto aquí ha pasado.)

SANCHO: ¿Que esto pasa, y que sois vos
cómplice de estos delitos?
Llegaos, llegaos.

TRISTÁN: Ya me llego.
(Visto nos ha todo el juego; Aparte
mas tales fueron los gritos
de aquel demonio o mujer.)

SANCHO: Todo cuanto ha sucedido,
traidor, he visto y oído,
y lo primero ha de ser
que vos, que andáis de por medio
en las maldades que veis,

la justa pena llevéis.
TRISTÁN: (Lo ha oído todo, no hay remedio.) Aparte

Llamando

SANCHO: ¡Inés!

Sale INÉS

INÉS: Señor...

SANCHO: Al momento
vaya un criado, y aquí
me traiga un verdugo.

Vase INÉS, y vuelve poco después

TRISTÁN: ¿A mí
qué castigo, qué tormento
quieres darme? ¿En qué he pecado?
¿Puedes con razón culpar
en un criado el callar?

SANCHO: En ayudar sois culpado.

TRISTÁN: Tampoco en eso lo he sido;
porque si loco de amor
don Enrique, mi señor,
por Elena, se ha fingido
don Juan...

SANCHO: (¿Qué escucho?) Aparte

TRISTÁN: ¿Debiera,
si de mí se confió,
descubrir el caso yo
aunque la vida perdiera?

SANCHO: (¡Válgame Dios!) Aparte

ELENA: Ya verás,
padre, que no te engañé.

SANCHO: (Más descubro que intenté. Aparte
pero saber lo demás
con cautela es conveniente.)
Ya yo de todo tenía
indicios; pero quería
hacer probanza evidente
de todo el caso, primero
que emprendiese la venganza.

TRISTÁN: FÁCIL era la probanza;
que puesto que es forastero,
hay algunos en Milán
que a Enrique en España vieron,
y en Madrid le conocieron,
donde sus padres están.

SANCHO: Pues, ¿cómo se prometía
de tanto engaño el secreto?

TRISTÁN: Con abreviar el efeto;
que por eso no salía
de casa, por excusar
que alguno le conociera
y el secreto descubriera;
mas, ¿puedes, señor, culpar
que le haya servido yo
como criado fiel?

SANCHO: No; mas decid. El papel
que de la manga sacó
a Elena...

TRISTÁN: Fué fingimiento;
que Elena no le tenía.
Don Enrique lo traía
escrito para el intento
que puedes ya colegir
del suceso. Pero ¿quién
culpará que sirva bien,
el que bien puede servir?

SANCHO: Nadie, ni fuera razón.
Pero, ¿quién es esta dama
con quien riñó?

TRISTÁN: Ella se llama
Lucrecia, y la posesión
de su persona y honor
le entregó, como has oído,
con palabra de marido
que le dió Enrique.

ELENA: ¡Ah, traidor!

SANCHO: ¿Y dónde vive Lucrecia?

TRISTÁN: En palacio, y es hermosa,
noble, rica y virtuosa;
mas Enrique la desprecia
con esperanza de hacer
con Elena el casamiento;
que a Nápoles lleva intento
de casarse con poder
desde allá con ella, y luego

que en el suyo sin defensa
la tenga en Nápoles, piensa
dar efeto a su amor ciego.

Dios sabe si lo he intentado
estorbar; mas ¿quién podrá
resistir a quien está
con amor determinado?

SANCHO: Bien decís, y ya os remito
la pena que merecís;
mas porque no le aviséis
de que sepa su delito,
quiero que estéis encerrado
en ese aposento. Entrad.

TRISTÁN: Señor...

SANCHO: ¿Replicáis? Callad.

TRISTÁN: Servir es ser desdichado.

Enciérrale don SANCHO

ELENA: ¿Qué te parece, señor,
que esté por falta de seso,
triste, maltratado y preso
mi hermano por un traidor?
¡Y que pensases que yo
te engañaba!

SANCHO: Aun tú creyeras
que te engañabas si oyeras
los enredos que fingió.

ELENA: Pues ¿qué aguardas, que no vas
a librar de tanta pena
a mi hermano?

SANCHO: Importa, Elena,
pensarlo más.

ELENA: ¿Quieres más
que una probanza tan clara?

SANCHO: Si tantos hay que afirmaron
que le vieron y le hablaron,
antes que en mi casa entrara,
tantas veces en Milán,
y que es loco, ¡refirieron
los dislates que le oyeron,
¿he de creer que es don Juan?

ELENA: Que le vieron es muy cierto;
mas Hernando, su criado,

de la ocasión me ha informado
que a estar le obligó encubierto.

SANCHO: ¿Y fué?

ELENA: Que noticia tuvo
que el duque me pretendía
y averiguarlo quería
secreto, y por esto estuvo
 rondando mi puerta y calle
muchos días recatado.
El duque está enamorado,
y debieron de encontralle
 sus cuidadosas espías
mirando hácia mis balcones,
o con algunas acciones
atento a saber las mías;
 y conociéndole aquí
aquella noche, informaron
de ello al duque, y le obligaron
a que celoso de mí,
 creyendo que es mi galán,
por vengarse y estorbarme
que con él pueda casarme,
fingiese loco a don Juan;
 y es clara esta presunción,
pues el duque y sus criados,
secretos y recatados,
maquinaron la intención.

SANCHO: Piénsolo así; que si allí
verdad sencilla trataran,
ni de mí lo recataran,
ni se escondieran de ti.

ELENA: No es la luz del sol mas clara.
Mas véle a ver, y podrás
de él, padre, informarte más;
que ni yo te aconsejara
 que te arrojes sin hacello.

SANCHO: Bien me aconsejas.

ELENA: Espera;
que mejor traza pudiera
darnos evidencia dello.
 Hacerle escribir, y ver
si es la letra de mi hermano.
.....[-ano]
..... [-er]
..... [-itas]

SANCHO: Dices bien.

ELENA: Pues yo prevengo
 las cartas tuyas que tengo
 desde las Indias escritas,
 mientras tú le vas a hacer
 escribir en tu presencia,
 para que en esta experiencia
 engaño no pueda haber.
SANCHO: Voy a ejecutarlo luego.

Vase don SANCHO

INÉS: ¡Qué prevenida has andado
 en hacer que haya copiado
 de letra suya don Diego
 las cartas que mi señor
 de tu hermano ha recibido!
ELENA: Fuera de que le han servido
 para informarse mejor,
 mi padre, que ya leellas,
 por su edad, no ha de poder,
 las ha de dar a leer;
 y reconociendo en ellas
 las razones de don Juan,
 no recelará este engaño.
INÉS: El enredo es más extraño
 que vio en mil siglos Milán.
ELENA: Atrevido es el intento;
 mas, quien supiere de amor,
 sabrà perdonar mi error
 y alabar mi entendimiento.

Vanse. Salen el DUQUE y CRIADOS

DUQUE: Abrázame. ¿Que don Juan
 es cierto que se ausentó?
CRIADO 1: Por mis ojos le vi yo,
 señor, partir de Milán.
DUQUE: No puedes haberme dado
 otra nueva más gustosa;
 que guarda a su hermana hermosa
 el necio con tal cuidado,
 que la paciencia perdía.
CRIADO 1: No vi jamás forastero
 tan reposado y casero,

porque no ha salido un día
siquiera a ver la ciudad.

DUQUE: Pues si puedo, antes que él vuelva
he de hacer que se resuelva
la endurecida crueldad
de Elena a aliviar mi pena;
que usando de mi poder,
Páris segundo he de ser,
pues ella es segunda Elena...
Mas su padre viene aquí.

Sale don SANCHO

SANCHO: Dadme los piés.

DUQUE: Levantad,
don Sancho. ¿Qué novedad
pudo tanto, que de mí
os acordasteis?

SANCHO: Señor,
escuchad lo que han podido
de un don Enrique atrevido
el engaño y el amor.

Hablan los dos CRIADOS aparte

CRIADO 1: Sospecho que ha de emprender
el duque algún grande exceso;
que amor le priva del seso.

CRIADO 2: Desde el decir al hacer
muy grande distancia veo.

CRIADO 1: Resuelto está.

CRIADO 2: Poco importa;
que la razón le reporta
si le enloquece el deseo.

Muchos verás que enojados
con los ardores primeros,
arrebatados y fieros
juran hacerse vengados,
y despues mudan intento,
porque el mismo amenazar
les sirve de mitigar
la furia del sentimiento.

DUQUE: ¿Hay mayor atrevimiento?
(Y más si acaso el traidor Aparte

tuvo indicios de mi amor.)

Julio...

CRIADO 1: Señor...

DUQUE: Al momento
en postas, en cuyos pies
las alas del viento ofendas,
has de partir, porque prendas
al falso don Juan.

SANCHO: No es
difícil alcanzarlo;
que hoy se partió de Milán.

CRIADO 1: ¿Y hacia donde va don Juan?

SANCHO: En el camino has de hallarlo
de Nápoles.

DUQUE: Pues ¿no vuelas?
¿Qué te detienes?

CRIADO 1: Señor,
si volar sabe el Amor,
no habré menester espuelas.

Vase

SANCHO: Agora, si sois servido,
resta que a don Juan mandéis
sacar de prisión, pues veis
que sin culpa ha padecido.

DUQUE: Advertid que ser podría
otro engañoso galán.

SANCHO: ¡Jesús, señor! Es don Juan,
si es clara la luz del día.
con que estas cartas veáis

Mira el DUQUE las cartas

que me escribió de su mano
de Lima, veréis que en vano
nuevo engaño receláis;
y con ellas cotejad
esta letra y esta firma,
que, si es la misma, confirma
claramente esta verdad,
pues agora en mi presencia
lo escribió.

DUQUE: Una misma es

la letra y firma.

SANCHO: Y después
de esta tan clara experiencia,
le examiné diligente
en cosas de que colijo
esta verdad, que mi hijo
las supiera solamente.

DUQUE: Pues, ¿cómo le vieron antes
tantas veces en Milán
mis criados, si es don Juan?

SANCHO: Por negocios importantes
anduvo en Milán secreto,
y aun el nombre se mudó;
que don Diego se llamó
por dar más seguro efeto
a su disfraz; y si allí
que era loco os refirieron,
no digo que lo fingieron,
ni cupo jamas en mí
pensamiento que ofendiese
la fe de vuestros criados.
Lo que pienso es que engañados
de alguno que pareciese
a mi hijo, lo afirmaron,
o con alguna intención,
por ventura en ocasión
que ellos presentes se hallaron,
loco don Juan se fingió.
Y puesto que si es engaño,
es para mí solo el daño,
y quiero sufrirlo yo.
Vos no me podeis negar
esta merced.

DUQUE: Bien decís,
don Sancho, lo que pedís.
Parta luego a ejecutar
ese criado con vos.

CRIADO 2: Vamos. ¡Sucesos extraños!

Vase

SANCHO: Prospere infinitos años
vuestro estado y vida Dios.

Vase

DUQUE: ¿Quédante más invenciones,
más novedades, más casos,
para impedirles los pasos,
Fortuna, a mis pretensiones?
 ¿o basta la resistencia
de Elena, sin aumentarme
estorbos para quitarme
la esperanza y la paciencia?
 Ya de esto con causa infiero
que en Milán quiso ocultarse
don Juan para asegurarse.
..... [-ero].

Vanse. Sale HERNANDO, por una puerta, y por otra
doña ELENA e INÉS

HERNANDO: ¡Vitoria, vitoria! ¡Inés!
 ¡Elena!

ELENA: ¿Qué es esto, Hernando?

HERNANDO: Adelantéme volando,
 señora, porque me dés
 albricias de que don Diego
viene libre.

ELENA: Esta cadena
 recibe.

HERNANDO: Con tal Elena,
 no cante la suya el griego.

ELENA: ¡Que dieron fin nuestros daños!
 ¡Don Diego, que te he de ver!

HERNANDO: Tanto han podido vencer
 las prevenciones y engaños.

Salen don DIEGO y don SANCHO

DIEGO: ¡Querida hermana!

ELENA: Don Juan,
 ¿posible es que tal deseo
 he cumplido que te veo
 en mis brazos?

SANCHO: (¡Cómo dan Aparte
 sus afectos naturales
 probanza de la verdad!

¡Con qué amorosa piedad
se abrazan, dando señales
la secreta simpatía
de la sangre!)

DIEGO: Ya yo olvido
la noche que he padecido,
viendo tan alegre día.

Doña ELENA habla aparte a don DIEGO

ELENA: No me des tantos abrazos;
no demos que sospechar.

DIEGO: Bien dices. Volvedme a dar
la mano, padre, y los brazos;
que no acabo de creer
que libre y con vos me veo.

SANCHO: De mi amor y mi deseo
podéis lo mismo entender.
Hoy el contento mayor
de mi vida he recibido.
Quien ser padre no ha sabido,
no ha sabido qué es amor.

INÉS: Inés también a tus pies
te da del fin de tus penas
mil alegres norabuenas.

DIEGO: Yo te lo agradezco, Inés.

SANCHO: Hijo...

DIEGO: Señor...

SANCHO: Preveníos
para ir a besar la mano
al duque luego.

ELENA: ¿Mi hermano,
cuando descréditos míos
y suyos, tan engañoso
intenta el Duque, a besarle
ha de ir la mano?

SANCHO: Obligarle
conviene; que es poderoso,
y importa disimular,
aunque nos quiera ofender;
que a quien hemos menester
es fuerza lisonjear.

Vase. Sale TRISTÁN a una ventanilla baja de reja

TRISTÁN: (Al fin por lo que he podido Aparte
entender de lo que hablan,
ha venido el verdadero
don Juan ya. Pero, o se engañan
mis ojos, o el don Juan es
el que la noche pasa,
porque dijo que lo era,
llevaron de esta a la casa
de los locos. ¡Qué bien dicen,
que la verdad adelgaza
mas no quiebra! ¡Oh, si en albricias
de esto me desencerraran!

DIEGO: Hernando, ¿fuése don Sancho?

HERNANDO: Fuera ha salido.

DIEGO: Pues guarda
esa puerta porque avises
si volviere; que está el alma
rebosando los fervores
de dicha tan deseada.
Bella Elena, dueño mío,
¿es posible que mis ansias
salen a puerto seguro
de un confusa borrasca?

TRISTÁN: ¿Qué es esto?

ELENA: Todo lo alcanza
La constancia y la porfía
de quien tan de veras ama
como tú, don Diego mío.

TRISTÁN: (¡Vive Dios, que no es su hermana,
sino su dueño! Otra es ésta.
Entendida está la maula;
con la misma flor nos dan.
Gran dicha ha sido escucharla
pues así me ha dado el cielo
torcedor con que les haga
que de esta prisión me saquen.

DIEGO: Solo una cosa me falta
de averiguar, que con dudas
me obliga a desconfianzas.

ELENA: Dila pues.

DIEGO: ¿Quién pudo a Enrique
darle nuestra misma traza
sino tú?

TRISTÁN: (Agora entro yo.) Aparte
Yo lo diré si me sacan

de esta prisión.

ELENA: (¡Ay de mi, Aparte
que Tristán nos escuchaba!)

HERNANDO: (¡Perdidos somos!) Aparte

DIEGO: Elena,
¿qué es esto? ¿No me avisaras?

ELENA: Descuido fue.

INÉS: ¡Hay tal desdicha!

ELENA: No me acordé de que estaba
Tristán donde nos podía
escuchar.

TRISTÁN: (¡Oh cuáles andan Aparte
con el gusano de ver
que yo he sabido la chanza!)

DIEGO: Podrá ser que todo el caso
no haya entendido.

TRISTÁN: ¿No acaba,
señor don Juan o don Diego?

HERNANDO: Acabóse.

TRISTÁN: ¿No le agrada
el concierto? Por salir
de sospechas, ¿no es barata
mi soltura? Pues no sé
quién saldrá de más pesada
prisión de los dos; que celos
son dura prisión del alma,
siendo del cuerpo la mía.

ELENA: ¡Hay semejante desgracia!

DIEGO: ¡Qué descuido! ¡Vive Dios!

HERNANDO: Aquí dio fin la maraña
sin remedio.

DIEGO: Claro está
que Tristán no ha de callarla,
si le damos libertad,
a Enrique; y él, con la rabia
de mi dicha o mi desdicha,
será lengua de la fama
con don Sancho y con el duque.
Pues si no hacemos que salga
de esta prisión, a don Sancho
le ha de decir en venganza,
y por obligarle así
a soltarle, lo que pasa.

HERNANDO: Pienso que no fuera malo,

pues él dijo que tú estabas
loco, darle con la suya,
y hacer que goce la plaza
que en la casa de los locos
dejaste desocupada.

DIEGO: Ni tengo el poder del duque,
ni para remedio basta
acreditarle de loco;
que con tales circunstancias,
en pudiendo publicar
lo que ha oído, es cosa clara
que diera fuertes sospechas,
ya que no hiciera probanza.
Estoy por darle la muerte.

ELENA: Lo mismo hará la amenaza
que la ejecución en él.

DIEGO: ¿Caso de tanta importancia
he de fiar al temor?

ELENA: ¿Es mejor que a más desgracias
nos expongamos, dando al duque
materia de venganza,
pues al fin ha de saberse?

HERNANDO: Oye, señor, una traza.

Habla bajo

TRISTÁN: (¿Qué saldrá de esta consulta?
Brava confusión les causa
ver que su secreto sé.

DIEGO: Dices muy bien.

ELENA: Extremada
industria, mientras el tiempo
mejor nos la ofrece.

DIEGO: Salga,
Tristán, de prisión.

TRISTÁN: Valióme
entenderles la maraña.

HERNANDO: Ven conmigo, Inés.

ELENA: Abrevia;
no venga mi padre.

Vanse HERNANDO e INÉS. TRISTÁN se
quita de la reja

DIEGO: ¿Hay ansias,
hay temores, hay cuidados
mayores que los que pasa
el que tiene de un engaño
pendientes sus esperanzas?

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: Dejad que mi boca a besos,
pues no puedo con palabras,
a vuestros pies agradezca
tan grande merced.

DIEGO: Levanta,
y di, pues lo has prometido,
quién le dio a Enrique la traza
de hacerse hermano de Elena.

TRISTÁN: Con una linterna estaba
en la calle, y con él yo,
una noche en asechanza...

Sigue hablando bajo. Salen HERNANDO e INÉS
con un cordel

INÉS: ¿Un cordel ha de bastar
para servir de mordaza?

HERNANDO: Por qué no? ¿Quiéreslo ver?

Atraviésase el cordel HERNANDO por dentro de
la boca y prueba a hablar

No es posible hablar palabra.

TRISTÁN: Éste es el caso.

ELENA: ¿Estás ya
satisfecho?

DIEGO: Más probanza
no es menester; que el papel
que yo llevé lo declara.

TRISTÁN: Y porque no espera más,
señores, adiós.

DIEGO: Aguarda.

HERNANDO: Abrid la boca, mancebo.

TRISTÁN: ¿Así cumples lo que tratas?

¡Aquí de Dios!
DIEGO: ¡Vive el cielo,

Saca la daga

que te dé mil puñaladas
si das voces o resistes!
TRISTÁN: Pues yo, señor...
HERNANDO: Calle y abra
la boca.

DIEGO: Yo, si resiste,
se la abriré con la daga.

Átalo el cordel atravesado por la boca al
cerebro, como mordaza, y él da voces

HERNANDO: Hable ahora si pudiere.
DIEGO: Quien los secretos no calla
de su dueño, de los míos
no merece confianza.
HERNANDO: Vengan las manos, y sepa

Átale las manos

el hablador, noramala,
que quien por callar no sufre,
ha de sufrir porque habla.
INÉS: Mi señor viene.
DIEGO: A buen tiempo.

Sale don SANCHO

SANCHO: ¿Qué es esto?
HERNANDO: Si antes llegaras,
te taparas los oídos.
SANCHO: ¿Cómo?
HERNANDO: Porque no le daban
libertad, este Lutero
no dejó santo ni santa
en toda la letanía
a quien no dijese infamias,

blasfemando.

SANCHO: ¡Oh mal cristiano!

INÉS: Y dijo que renegaba.

HERNANDO: Si, que renegaba dijo.

SANCHO: ¡Jesús! ¡Jesús!

DIEGO: Lo que pasa
han contado.

ELENA: Yo temí
que un rayo nos abrasara.

SANCHO: Con razón.

HERNANDO: Pues con las voces
que agora no articuladas
está dando, apostaré
que reniega con el alma,
por no poder con la boca.

SANCHO: Hagan luego una mordaza
de hierro con su candado;
y si esta pena no basta,
entradle en ese aposento,
y del cabello a la planta
dos mil azotes le dad.
¡Jesús, Jesús! ¡Dios me valga!

Vase don SANCHO

HERNANDO: Ya empiezo a desatacarle.

DIEGO: Bien se ha hecho, Elena.

ELENA: Nada
se hace bien mientras con bien
de estos peligros no salgas.

INÉS: Tristán, paciencia; que así
no estuvieras si callaras.

HERNANDO: No hay que hacer sino tascar
el freno y sufrir la carga.

Vanse. Salen en DUQUE y el CRIADO 2

CRIADO 2: Ya, señor, Julio ha llegado
con Enrique a la ciudad,
y a saber tu voluntad
antes de entrar ha enviado.

Ordena lo que ha de hacer.

DUQUE: Parte y di que a mi presencia
le traiga; que la inocencia

o culpa quiero saber
de sus labios, que ha tenido
en sus engaños Elena,
antes que darla la pena
resuelva que ha merecido.

Vase el CRIADO 2. Sale doña LUCRECIA, con
manto

LUCRECIA: Gran duque de Milán, de cuya espada
tiene el mundo el valor jamas vencido;
Lucrecia desdichada
el rostro a vuestros pies pone ofendido,
hasta que el desagravio le conceda
honor con que mirar el vuestro pueda
en tranquila quietud, en paz segura,
muchos bienes gozaba en pocos años,
cuando mi suerte dura,
que cuidadosa fabricó mis daños,
al ciego Amor, de quien estaba ajena,
tomó por instrumento de mi pena.
Un falso, un alevoso, un fementido,
Enrique entonces y don Juan agora,
lisonjeó mi oído
con dulce voz y lengua encantadora;
y con palabra que me dió de esposo,
solicitó, alcanzó y huyó engañoso.
De suerte se ocurrió que la esperanza
perdí de que jamós alcanzarla
remedio ni venganza.
Halléle al fin que de Milán partía,
acusé su traición, oyóme esquivo,
hablóme falso y fuése vengativo.
Éste es el caso, duque poderoso.
Mirad si es bien que cuando el mundo os llama
justiciero y piadoso,
para que se obscurezca vuestra fama
sufráis que una mujer viva ofendida
libre el delito y la razón vencida.

DUQUE: Alza, Lucrecia, y cobra confianza
de que con la cabeza o con la mano
tu honor o tu venganza
hoy satisfaga tu ofensor tirano,
que preso viene ya; y el cielo creo
que la ocasión previno a tu deseo.

Salen el CRIADO 1 y ENRIQUE, de camino

CRIADO 1: Tu mandamiento, señor,
cumplí, como ves.

LUCRECIA: ¡Ah falso!

ENRIQUE: Dame tus pies.

DUQUE: Atrevido
Enrique, Enrique villano,
que no tiene sangre noble
quien hace tales engaños,
¿cómo osaste, di, ofender
no solamente a don Sancho,
sino a mí, diciendo que eras
don Juan?

ENRIQUE: De amor abrasado.

DUQUE: ¿Y cómo a mover te atreves
esos fementidos labios?

ENRIQUE: En ese papel de Elena

Date un papel y lee el DUQUE

Verás todo mi descargo;
que mis enredos han sido
por orden suya trazados.
Y si has sabido de amor,
no solo perdón aguardo
de mi error, sino piedad.

DUQUE: (¡Ah, enemiga! Estos engaños Aparte
¿Quién sino tú los hiciera?
¡Vive Dios, que he de vengarlos
publicandO tu bajeza!)
Parte, Julio, y a don Sancho
dí que traiga a Elena aquí;
que averiguar cierto caso
en su presencia conviene.
(Hoy la opinión y la mano Aparte
del que adoras perderás.
La Fortuna lo ha ordenado,
cansada de tu rigor
y ofendida de mi agravio.)
Enrique, escucha. Lucrecia...

LUCRECIA: Señor...

DUQUE: Llega.

ENRIQUE: (¡Ay desdichado! Aparte
Todo el mal me viene junto.

DUQUE: O no me indignes negando
la verdad, o morirás.

Mira que estoy enojado.

¿Conoces esta mujer?

¿Sabes que á darle la mano
te obliga su honor, Enrique?

ENRIQUE: Presto estoy para pagarlo.
(Tiene Lucrecia testigos. Aparte
Ya a Elena perdí. ¿Qué aguardo?
El confesar es forzoso.)
No puedo, señor, negarlo.

DUQUE: Pues con que su esposo seas
me verás desenojado.

ENRIQUE: Resistir fuera delito.

Vale a dar la mano

DUQUE: Detente; que a Elena aguardo,
y quiero saber si estás
a ella también obligado,
(No quiero sino quebrarle Aparte
los ojos.) con que la mano
le des en presencia suya
a Lucrecia.

Salen doña ELENA, con manto, SANCHO, don
DIEGO, HERNANDO e INÉS

SANCHO: A tu mandado
venimos, señor, los tres.

DUQUE: Esto fue fuerza, don Sancho.
Elena, ¿es tuya esta letra?
Pero ya lo ha confesado
la grana de tus mejillas.

Lee ELENA el papel

ELENA: Yo tengo en Lima un hermano
no puedo negar que es mía.

DUQUE: Pues a Enrique has disculpado,
supuesto que él se fingió

por orden tuya tu hermano.
SANCHO: ¡Ah enemiga de mi honor!
DUQUE: Enrique, dadle la mano
a Lucrecia.
ENRIQUE: Tuyo soy.
LUCRECIA: Yo tu esposa.

Aparte hablan el DUQUE y ELENA

DUQUE: Así mi agravio
y tu liviandad castigo,
pues te quita un mismo caso
el amante y el honor.
ELENA: Eso no; que restaurarlo
sabré yo, que quiero más
que vos quedéis indignado
que perdida mi opinión.

A todos

Ese papel de mi mano
a las de Enrique llegó,
como él dirá, por engaño,
puesto que yo le escribí
para don Diego de Castro,
que es el que tenéis presente,
y es mi esposo, y no mi hermano.
SANCHO: ¡Otro enredo!
HERNANDO: Declaróse.
DUQUE: ¡Vive Dios, que estoy rabiando
de enojo!
DIEGO: No os admiréis,
señor, porque a tales casos
obliga el amor violento
de un príncipe enamorado;
y así, pues fue la intención
del engaño no indignaros.
Y sois justo, a vuestros pies
que me perdonéis aguardo.

Aparte al DUQUE

CRIADO 1: Qué has de hacer? Pide justicia,

y tú no has de ser tirano.

DUQUE: (Cuenta el mundo entre mis glorias Aparte
esta hazaña, pues alcanzo
victoria de mis pasiones.)
Gozadla felices años,
don Diego.

DIEGO: Mostráis al fin
que sois príncipe cristiano.

A don SANCHO

Vos, señor, con el perdón
me dad la mano.

SANCHO: (Casados Aparte
están ya, ¿qué puedo hacer?)
La mano os doy y los brazos.

ENRIQUE: Y yo al auditorio gracias
y este ejemplo, en que he mostrado,
que aunque el engaño mejor
es dar con el mismo engaño,
quien más enganare al fin
quedará más engañado.

FIN DE LA COMEDIA